

La oquedad del centro

KEPA AULESTIA

LA VANGUARDIA, 9.02.10

El líder popular, Mariano Rajoy, puso su particular guinda a una aciaga semana para Rodríguez Zapatero declarando el pasado domingo que "el PP sí tiene un plan" y que "no es momento de responder a las ocurrencias con más ocurrencias". Probablemente la indefinición que encierran sus palabras no sea, en origen, más que el retrato fiel de su personalidad y de su manera de abordar los asuntos públicos. Pero puede que, a falta de otra alternativa, sea precisamente su talante lo que acabe dando cuerpo a toda una estrategia basada en la instintiva sustitución de un discurso de convicciones por otro de oportunidades. Si repasamos las hemerotecas de las últimas semanas, resulta prácticamente imposible encontrar un solo indicio programático en las declaraciones de los dirigentes que conforman el entorno más próximo a Rajoy. Han pasado de puntillas ante la propuesta de retrasar la edad de jubilación, no se sabe qué les parece el incremento de los años de cotización precisos para el cálculo de las pensiones y se han mostrado extremadamente prudentes con el guión temático ofrecido por el Gobierno a sindicatos y empresarios para una reforma del mercado laboral. Si sumamos esto a los avances logrados por el ministro Gabilondo para un pacto educativo, a la discreta espera que los populares mantienen ante la demorada sentencia del TC sobre el Estatut, y al apoyo que prestan al Gobierno presidido por Patxi López en Euskadi, sólo nos queda la insistente frase de que "España requiere otro gobierno con otra política". Superadas por fin las diferencias en materia antiterrorista con el Ejecutivo, y tras la remisión de esa extraña patología que encadenó al PP a las tesis de los conspiradores sobre la autoría y las connivencias en los atentados del

14-M, tampoco parece que Rajoy esté dispuesto a prometer que, en caso de ganar en el 2012, abolirá el matrimonio entre homosexuales o la nueva regulación sobre el aborto.

Todo indica que el PP se inclina por buscar la alternancia sin programa. Como si su discurso consistiera en una invitación permanente a sus seguidores actuales y a los posibles votantes a imaginarse su contenido o, sencillamente, a confiar en la fuerza taumatúrgica del cambio. Los malabarismos dialécticos que los expertos populares hacen con el déficit público, el gasto social y los impuestos no alcanzan a ser programa. La imposibilidad de que las rencillas internas sean expresadas en términos ideológicos o políticos, y no sólo en claves de poder e influencia, es la mejor demostración de tal carencia. Durante la primera legislatura de Rodríguez Zapatero el Partido Popular se vio arrastrado en la orientación de su política por directrices que emanaban desde fuera del propio partido o desde alguno de sus flancos; de dos o tres líderes de opinión y de sectores de la Iglesia católica. Sin embargo, la impasibilidad de Rajoy se ha adueñado del PP al ver como los acontecimientos parecen arrastrar a Rodríguez Zapatero durante su segundo mandato. "No hay que correr riesgos innecesarios ni realizar esfuerzos inútiles", vendría a decir la nueva máxima popular, "porque será Zapatero quien nos brinde la victoria". Tanto que, una vez superados los primeros síntomas de impaciencia, los populares no quieren ni siquiera señalar la fecha de la derrota definitiva del actual inquilino de la Moncloa. "Que la fije él", parecen conceder, sin mociones de censura ni exigencias de adelanto electoral.

Pero bajo lo que aparenta ser un juego cotidiano de movimientos tácticos, instrucciones de comunicación y réplicas más evasivas que

contundentes, se ha ido produciendo una verdadera transfiguración del Partido Popular, por la que ha dejado de entusiasmar a los incondicionales de las convicciones en la misma proporción que ha dejado de enervar a la izquierda sociológica. No se trata de un mero regreso al centro, del que según algunos de sus dirigentes el PP nunca se había alejado. Se trata del descubrimiento del centro como una enorme oquedad, a la francesa. Una buena noticia en lo que suponga de desideologización de las políticas públicas para reconducir el debate hacia la discusión sobre la naturaleza de los problemas y sus soluciones más eficaces socialmente. Pero muy mala si esa misma oquedad acaba engullendo el significado de todo lo que esté en juego - valores, necesidades, derechos, obligaciones, aspiraciones y demandas- hasta vaciar por completo el espacio público sometiéndolo a la única prueba del éxito o el fracaso electoral. Claro que en tal caso el vacío se tragaría también al PP.